# CHRISTOPHER MOORE MOORE

## Preludio en azul

sta es una historia sobre el color azul. Puede que resulte esquiva y serpenteante, que oculte y engañe, que se interne por veredas de amor, historia e inspiración, pero trata siempre sobre el azul.

¿Cómo sabes, cuando piensas «azul» –cuando dices «azul»–que te refieres al mismo azul que todos los demás?

No se puede asir el azul.

Azul es el cielo, el mar, el ojo de un dios, la cola de un demonio, un nacimiento, un estrangulamiento, el manto de la Virgen, el culo de un mono. Es una mariposa, un ave, un chiste picante, la más triste de las canciones, el más brillante de los días.

El azul es taimado, astuto, entra en las habitaciones caminando de puntillas, es un embaucador escurridizo.

Ésta es una historia sobre el color azul, y al igual que le sucede a él, no hay nada cierto en ella. El azul es belleza, no verdad. «Azul verdadero» es un embuste, una rima, tan pronto está ahí como deja de estarlo. El azul es un color tramposo.

Hasta el azul profundo es superficial.

El azul es gloria y poder, una ola, una partícula, una vibración, una resonancia, un espíritu, una pasión, un recuerdo, una vanidad, una metáfora y un sueño.

El azul es un símil.

El azul es como una mujer.

# Uno

# Campo de trigo con cuervos

### Auvers, Francia, julio de 1890

l día que iba a ser asesinado, Vincent van Gogh se encontró a una gitana en la calle adoquinada de la taberna donde acababa de almorzar.

-Qué sombrero más grande -dijo la gitana.

Vincent se detuvo y bajó el caballete que llevaba al hombro. Inclinó hacia atrás su sombrero de paja amarillo. Era, en efecto, grande.

-Sí, madame -dijo-. Me quita el sol de los ojos mientras trabajo.

La gitana, que era vieja y encorvada, pero no tan vieja y tan encorvada como aparentaba –porque nadie le da un céntimo a una mendiga joven y erguida–, levantó un ojo de color ocre hacia el cielo que cubría el río Oise, donde unos nubarrones de tormenta rebullían sobre las techumbres de teja de Pontoise, y luego escupió a los pies del pintor.

- -No hace sol, holandés. Va a llover.
- -Bueno, también me quitará la lluvia de los ojos. -Vincent estudió el pañuelo de la gitana, amarillo con un ribete bordado de enredaderas verdes. Su chal y su falda, cada uno de un color distinto, derramaban un arco iris de jirones que quedaba eclipsado bajo la capa de polvo que había a sus pies. Quizá debería pintarla. Como los campesinos de Millet, pero con una paleta más brillante. Que la figura destacara contra el fondo.
  - -Monsieur Vincent -dijo la voz de una jovencita-. Debería

ponerse a pintar antes de que llegue la tormenta. —Adeline Ravoux, hija del posadero, se encontraba en el umbral del establecimiento enarbolando una escoba, lista, no para barrer, sino para espantar gitanas problemáticas. Tenía trece años, era rubia y, aunque algún día sería una preciosidad, de momento era gloriosa y desgarradoramente corriente. Vincent la había retratado tres veces desde su llegada, en mayo, y durante todo este tiempo ella había flirteado con él con la actitud torpe y desgarbada de un gatito que juega con una madeja de hilo antes de darse cuenta de que sus garras pueden derramar sangre. Sólo a modo de práctica, salvo que los pintores pobres y atormentados con una sola oreja se hubieran convertido de repente en la sensación entre las jovencitas.

Vincent sonrió, saludó a Adeline con un gesto de la cabeza, recogió el caballete y el lienzo y dobló la esquina alejándose del río. La gitana lo alcanzó mientras ascendía trabajosamente por la ladera de la colina, más allá de los jardines cercados, en dirección al bosque y los campos que había sobre la ciudad.

- -Lo siento, anciana señora, pero no tengo un solo *sou* de sobra -le diio.
- -Me quedo con tu sombrero -dijo la gitana-. Y tú puedes volver a tu cuarto, refugiarte de la tormenta y dibujar un jarrón con flores.
- −¿Y qué saco yo a cambio de mi sombrero? ¿Me vas a decir el futuro?
  - -No soy una de esas gitanas -dijo la gitana.
  - -¿Posarás para mí si te doy el sombrero?
  - -Tampoco soy una de esas gitanas.

Vincent se detuvo en la base de unos escalones construidos en la ladera.

- -Y entonces ¿qué clase de gitana eres? -preguntó.
- -La clase de gitana que necesita un sombrero grande de color amarillo -respondió la gitana. Y enseñó los tres dientes que conservaba en un graznido a modo de carcajada.

Vincent sonrió ante la idea de que alguien quisiera algo suyo. Se quitó el sombrero y se lo dio a la vieja. Compraría otro en el mercado al día siguiente. Theo había adjuntado un billete de cincuenta francos a su última carta y todavía le quedaba algo. Quería... no, necesitaba pintar aquellas nubes de tormenta antes de que descargaran.

La gitana examinó el sombrero, cogió unas hebras del cabello

rojizo de Vincent que habían quedado prendidas entre la paja y se las guardó en la falda. Luego se puso el sombrero sobre el pañuelo y, enderezando repentinamente la joroba, adoptó una pose afectada

- -Preciosa, ¿verdad? -preguntó.
- -Quizá unas flores en la cinta... -dijo Vincent, pensando sólo en el color-. O una serpentina azul.

La gitana sonrió. No, había un cuarto diente que antes se le había pasado por alto.

- -Au revoir, madame. -Recogió el lienzo y comenzó a subir la escalera-. Debo pintar mientras pueda. Es lo único que tengo.
  - -No voy a devolverte el sombrero.
  - -Ve con Dios, anciana señora.
- -¿Qué te pasó en la oreja, holandés, te la arrancó una mujer de un bocado?
- -Algo parecido -dijo Vincent. Estaba ya a mitad de camino del primero de los tres tramos de escalera.
- -No quedará satisfecha con una oreja. Hoy es mejor que vuelvas a tu cuarto y pintes un jarrón de flores.
  - -Pensaba que no podías ver el futuro.
- -No he dicho que no pudiera ver el futuro -respondió la gitana-. Sólo que no lo digo.



Dejó el caballete sobre la intersección de tres caminos de tierra. Frente a él se extendían tres campos de trigo y, por detrás, un campo de maíz. Estaba dándole los últimos toques a la pintura, el trigo dorado bajo un furioso cielo entre azul y negro de nubarrones arremolinados. Cargó el pincel de negro marfil y pintó una bandada de cuervos que remontaba el vuelo desde el centro de la pintura hasta la esquina derecha del lienzo, formando un embudo invertido. Para crear perspectiva, así que la pintura no era sólo color sobre el lienzo, a pesar de que muchos en París comenzaban a decir que toda pintura era únicamente color y nada más.

Pintó un último cuervo con apenas cuatro trazos para sugerir las alas y luego retrocedió un paso. Había cuervos, claro sólo que no los que necesitaba desde el punto de vista compositivo. Los pocos que veía se habían posado en el campo para protegerse de

la tormenta, como los campesinos, que se habían marchado en busca de refugio desde que Vincent comenzara a pintar.

«Pinta sólo lo que veas» le había aconsejado su héroe, Millet.

«La imaginación es una carga para el pintor –le había dicho Auguste Renoir–. Los pintores son artesanos, no narradores de historias. Pinta lo que veas.»

Ah, pero lo que no le habían dicho, lo que no le habían advertido, era lo mucho que se podía ver.

Hubo un susurro tras él, y no fue sólo el suave aplauso de los tallos del maíz en la brisa. Al volverse, Vincent vio que un hombrecillo retorcido salía de entre el maíz.

El marchante de colores.

Vincent dejó de respirar y se estremeció, mientras sentía una trepidación en cada músculo y su cuerpo lo delataba, reaccionando a la aparición del hombrecillo como un adicto rehabilitado temblaría de anhelo al volver a ver la droga que lo había llevado a la ruina.

-Escapaste de Saint-Rémy -dijo el marchante de colores. Hablaba con un acento extraño, indiferenciado, la influencia de una docena de lenguas mal pronunciadas. Tenía una prominente barriga y unos hombros encorvados, y sus brazos y piernas parecían demasiado delgados para su torso. Con el pequeño bastón que llevaba, se movía como una araña lastimada. Su rostro era ancho, chato y moreno y su frente sobresalía, como si quisiese mantener la lluvia alejada de las dos cuentecillas negras que eran los ojos. Su ancha nariz y sus protuberantes fosas nasales recordaban a Vincent a los demonios del Shinto de las ilustraciones japonesas que vendía su hermano. Llevaba un bombín, un chaleco de piel sobre una camisa y unos pantalones de lino arrugados.

- -Estaba enfermo -dijo Vincent-. No escapé. Aquí me está tratando el doctor Gachet.
  - -Me debes un cuadro. Huiste y te llevaste mi cuadro.
- -No te necesito. Theo me envió dos tubos de amarillo limón ayer mismo.
  - -El cuadro, holandés, si no quieres que se acabe el azul.
- -Lo he quemado. He quemado el cuadro. No quiero el azul. El viento descolgó la pintura de Vincent del caballete. Cayó boca arriba sobre la hierba, entre los baches de la carretera. Vincent fue a recogerla y, al volverse, el marchante de colores empuñaba un pequeño revólver.

-No lo has quemado, holandés. Ahora, dime dónde está el cuadro o te pego un tiro y lo busco yo mismo.

-La iglesia -dijo Vincent-. Hay un cuadro de la iglesia en mi cuarto de la posada. Puedes verlo, la iglesia no es azul en la vida real, pero yo la he pintado así. Quería comunicarme con Dios.

-¡Mentira! He estado en la posada y he visto tu iglesia. Ella no está en el cuadro.

El primer goterón de lluvia cayó sobre el bombín del hombrecillo, y al levantar la mirada, Vincent sacudió el pincel con un movimiento violento y roció de negro marfil la cara del marchante de colores. El arma se disparó y Vincent sintió que se le escapaba el aire de los pulmones. Se llevó las manos al pecho mientras el marchante de colores arrojaba la pistola al suelo y huía a la carrera hacia el campo de maíz, gritando:

-¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Vincent dejó el cuadro y el caballete, sacó un tubo de pintura estrujado de la caja de pinturas, se lo guardó en el bolsillo y luego, con una mano en el pecho, recorrió a trompicones el kilómetro y medio que, por el camino que discurría a lo largo de aquel alto, sobre la ciudad, lo separaba de la casa del doctor Gachet. Al abrir la puerta de hierro, se desplomó al pie de la escalera de piedra que ascendía entre las terrazas del jardín. Se incorporó con dificultad y comenzó a subir. Se detenía a cada peldaño y se apoyaba contra la pared de fría arenisca para recuperar el aliento antes de atacar el siguiente escalón. Al llegar a la puerta principal, forcejeó con la manija y cayó en brazos de madame Gachet cuando ésta la abrió.

-Está usted sangrando -dijo madame.

Vincent se miró el rojo de las manos. Carmesí, más bien. No rojo. Con un poco de marrón y un poco de violeta. No existían palabras suficientes para los colores. Los colores tenían que ser libres de los grilletes de las palabras.

-Es carmesí, creo -dijo-. Lo he hecho yo. Es mío.



Vincent despertó con un sobresalto y sin aliento. Theo estaba allí. Había llegado en el primer tren desde París tras recibir las noticias del doctor Gachet.

- -Calma, Vincent -le dijo en holandés-. ¿Por qué? ¿Por qué, hermano? Creía que estabas mejor.
- -¡El azul! -Vincent agarró a su hermano del brazo-. Tienes que esconderlo, Theo. El azul que te envié desde Saint-Rémy, el sombrío. Escóndela. Que no sepa nadie que la tienes. Mantenla lejos de él. Del hombrecillo.
- -¿Ella? ¿La pintura? -Theo parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos. El pobre, loco y brillante Vincent. Siempre inconsolable. Siempre.
- -No puedes enseñársela a nadie, Theo. -Vincent se estremeció de dolor y se incorporó en la cama.
- -La gente verá todos tus cuadros, Vincent. Por supuesto que los verán.

Vincent cayó hacia atrás y tosió, una tos húmeda y discordante. Sus dedos arañaron los pantalones.

-Dámelo, Dámelo, por favor. El tubo de azul.

Theo vio un tubo de pintura estrujado en la mesita de noche y se lo puso a Vincent en la mano.

-Toma, ¿es esto lo que quieres?

Vincent cogió el tubo y exprimió sobre su dedo las últimas gotas de azul ultramarino.

- -Vincent... -Theo trató de coger la mano de su hermano, pero éste tomó la pintura y embadurnó con ella las blancas vendas que rodeaban su pecho, antes de dejarse caer de nuevo con una larga y temblorosa exhalación.
- -Así es como quiero irme -dijo en un susurro. Y luego murió.

# Interludio en azul n.º 1: Sacré bleu

I manto de la Virgen María es azul. Azul sagrado. No siempre fue así, pero a partir del siglo XIII, la Iglesia dictaminó que en las pinturas, los frescos, los mosaicos, las vidrieras, los iconos y las piezas para los altares, el manto de María debía ser de color azul, y no un azul cualquiera, sino azul ultramarino, el más raro y costoso color de la paleta medieval, elaborado a partir de un mineral más caro que el oro. Curiosamente, en los mil cien años anteriores a la aparición del culto a la Virgen, no hay en la liturgia de la Iglesia la menor mención al color azul, ninguna en absoluto, como si se hubiera evitado de manera deliberada. Antes del siglo XIII, el manto de la Virgen debía representarse en rojo, el color de la sangre sagrada.

Los tintureros y tratantes de colores del Medievo, que estaban preparados para hacer frente a la demanda de rojo desde tiempos del Imperio romano pero no contaban con una fuente natural establecida para el azul, se vieron en dificultades para responder a la necesidad derivada de la asociación de este color con la Virgen y trataron de sobornar a los sopladores de vidrio de las grandes catedrales para que retrataran al diablo en azul en sus vidrieras, con la esperanza de así alterar la visión de los fieles, pero la Virgen y el *sacré bleu* prevalecieron.

Es posible que el culto a la Virgen naciera de un esfuerzo por parte de la Iglesia de absorber a los últimos adoradores de diosas paganas que quedaban en Europa, vestigios de los cultos a la diosa romana Venus y a sus equivalentes griega, Afrodita, y nórdica, Freya. Los antiguos no asociaban el color azul con sus diosas. Para ellos, el azul no era ni siquiera un color, sino un matiz de la noche, un derivado del negro.

En el mundo antiguo, el azul era un engendro de la oscuridad.

# Dos

# Las mujeres vienen y van

### París, julio de 1890

ucien Lessard estaba ayudando en la panadería que la familia tenía en Montmartre cuando llegó la noticia de la muerte de Vincent. Una dependienta que trabajaba cerca de la galería Boussard et Valadon de Theo van Gogh había entrado en el establecimiento para comprar el almuerzo y había soltado la noticia tan alegremente como si estuviera hablando sobre el tiempo.

-Se ha pegado un tiro. Ahí mismo, en un maizal -dijo la chica-. Ah, una de esas empanadillas de cordero, por favor.

Se sorprendió al ver que Lucien se quedaba sin aliento y tenía que apoyarse en el mostrador.

-Lo siento, monsieur Lessard -dijo la chica-. Ignoraba que lo conociera.

Lucien quitó importancia a su consternación con un ademán y se recompuso. Era un hombre flaco y bien afeitado de veintiocho años, con una mata de pelo negro que le caía sobre la frente y unos ojos de un castaño tan oscuro que parecían absorber la luz de las habitaciones.

-Fuimos a la escuela juntos. Era amigo mío.

Lucien sonrió a la chica con gesto forzado y luego se volvió hacia su hermana Régine, seis años más joven que él, una mujer de pómulos altos con el mismo cabello y los mismos ojos oscuros de su hermano que trabajaba al otro lado del mostrador.

-Régine, tengo que ir a contárselo a Henri. -Ya estaba quitándose el delantal mientras lo decía.

Régine asintió mientras se apresuraba a volverse.

-Sí -dijo-. Ve, ve, ve. -Lo despidió con un ademán y Lucien se dio cuenta de que estaba ocultando las lágrimas. No eran por Vincent, al que apenas había conocido, sino por la muerte de otro pintor loco, patrimonio familiar de los Lessard.

Lucien estrechó los hombros de su hermana al pasar.

- -¿No te importa quedarte sola?
- -Vete, vete, vete -dijo ella.

Lucien se limpió la harina de los pantalones al atravesar la plaza hasta el extremo de Montmartre, desde donde contempló París, resplandeciente al sol de mediodía. Las columnas de humo negro que salían de las fábricas de Saint-Denis cubrían barrios enteros con su sombra. El Sena era una hoja de azul plateado que dividía la ciudad en dos. Los bulevares rielaban con el calor, la actividad y el acre vapor de la orina de los caballos. La colina de Montmartre se elevaba por encima de todo ello, el Monte de los Mártires, donde san Dionisio, primer obispo de la ciudad, fue decapitado por los romanos en el año 350 d. J.C., y luego, en su último milagro canónico, recogió la cabeza cercenada y se la llevó hasta el mismo lugar donde se encontraban Lucien y, contemplando la ciudad por última vez, pensó: «¿Sabes lo que iría muy bien ahí? Un gran faro de hierro. Pero, ay, si he perdido la cabeza. Uf.»

Dicen que su cabeza descendió rodando hasta lo que hoy en día es la avenue Clichy, pero el caso es que en aquel momento Lucien emprendió el descenso de los doscientos cuarenta y dos escalones que conducían hasta aquel mismo bulevar y la zona que rodeaba la place Pigalle, rebosante de vida con sus cafés, sus burdeles, sus cabarets y, algunas mañanas, su «desfile de modelos» alrededor de la fuente de la plaza.

Lucien fue primero al apartamento que tenía Henri en el 21 de la rue de la Fontaine, donde sus llamadas no encontraron respuesta. Al pensar que Henri podía estar sin conocimiento tras otra noche de absenta y opio, pidió a la conserje que le abriese la puerta, pero, ay, el pintor no se encontraba allí.

-Llevo dos días sin ver al pequeño caballero, monsieur Lessard -dijo la mujer, una señora rolliza y encorvada de hombros

con una nariz bulbosa y un mapa de venas rotas sobre las mejillas—. Ése le va a morder el trasero al diablo antes de estirar la pata.

-Si vuelve, tenga la bondad de decirle que he pasado a verlo -dijo Lucien. Confiaba en que madame no mencionara a Henri lo de morderle el trasero al diablo. Sería una idea inspiradora, y no precisamente para su arte.

Luego se dirigió al Moulin Rouge, a la vuelta de la esquina. El cabaret no estaba abierto al público durante el día, pero a veces a Henri le gustaba hacer bocetos de las bailarinas mientras ensayaban. Pero aquel día no. La sala estaba a oscuras. Lucien preguntó por su amigo en el restaurante Le Rat Mort, donde en ocasiones cenaba el pintor, y en algunos de los cafés de la avenue Clichy, antes de rendirse y dirigir sus pasos hacia los burdeles. En el salón del que había en la rue d'Aboise, una chica con una *negligée* roja que dormitaba sobre un diván de terciopelo le dijo:

-Oh, sí, ha pasado aquí dos días, o puede que tres, no sé. ¿Ha oscurecido ya? A veces lo que quiere es follar, otras dibujarte mientras te cepillas el pelo, otras te prepara una taza de té, y siempre anda con la absenta o con el coñac. Habría que tener secretaria para estar al tanto de sus cambios de humor. Éste no debería ser un trabajo tan complicado, monsieur. Ayer, cuando me desperté, me estaba pintando las uñas de los pies.

-Bueno, es un pintor excelente -dijo Lucien, como si aquello pudiese aplacar la ansiedad de la chica. Le miró los pies, pero la meretriz llevaba calcetines negros-. Seguro que han quedado magníficas.

-Sí, las dejó tan bonitas como una cajita de laca china, pero usó pintura al óleo. Me dijo que tenía que tener los pies al aire durante tres días mientras se secaban. Se ofreció a ayudarme. Menudo tunante.

-¿Y dónde podría encontrarlo? -preguntó Lucien.

-Arriba, con Mireille. Es su favorita, porque es la única más bajita que él. La segunda o tercera puerta al final de la escalera. No estoy muy segura, escuche detrás de la puerta. Siempre están riéndose como monos cuando andan juntos. Es algo indecoroso.

-Merci, mademoiselle -dijo Lucien.

Conforme a lo prometido, al llegar a la tercera puerta al final de la escalera, Lucien oyó unas carcajadas a las que daban el contrapunto los rítmicos hipidos de una mujer.

Llamó a la puerta.

-Henri. Soy Lucien.

Desde el interior se oyó una voz de hombre:

-Vete, estoy montando al hada verde.

Seguida por una voz de mujer, aún entre risas:

- -¡Nada de eso!
- -¿Ah, no? ¡Me han mentido! Lucien, parece ser que estoy montando a la criatura imaginaria equivocada. Madame, una vez terminada la tarea que tengo entre manos, espero recibir un reembolso completo.
- -Henri, te traigo una noticia. -Lucien no consideraba que la muerte de un amigo fuese la clase de noticia que se debiera transmitir a través de la puerta de una casa de lenocinio.
  - -En cuanto haya terminado con...
- -Ya has terminado con la tarea que tenías entre manos -dijo Mireille con una risilla.
  - -Ah, va veo -asintió Henri-. Un momento, Lucien.

La puerta se abrió de par en par y Lucien retrocedió de un salto hacia la barandilla y estuvo a punto de caer al salón del piso de abajo.

- -Bonjour! -exclamó el conde Henri Raymond Marie de Toulouse-Lautrec-Monfa, en un estado de casi completa desnudez.
- -¿Llevas los quevedos durante el fornicio? -preguntó Lucien. Y, en efecto, Henri llevaba sobre la nariz sus quevedos, que quedaban a la altura del esternón de su amigo.
- -Soy un artista, monsieur, ¿querría que me perdiese un momento de inspiración debido a las carencias de mi vista?
  - -¿Y el sombrero? -Henri llevaba puesto su bombín.
  - -Es mi sombrero favorito.
- -Eso puedo atestiguarlo -dijo Mireille mientras, completamente desnuda, le arrebataba el cigarro de entre los labios y luego correteaba hasta el aguamanil, exhalando bocanadas de humo como una diminuta y deliciosa locomotora—. Le encanta el dichoso sombrero.
- -Bonjour, mademoiselle -dijo Lucien educadamente, aunque no sin asomar la cabeza alrededor de los hombros de

Toulouse-Lautrec para ver cómo se lavaba la prostituta en el tocador

-Ah, es preciosa, ¿verdad? -preguntó Henri al ver adónde apuntaba la mirada de Lucien.

Éste se percató de repente de que se había aproximado al umbral y se encontraba muy cerca de su desnudo amigo.

- -¡Henri, podrías ponerte los pantalones, por favor!
- -No me grites, Lucien. Te presentas aquí al despuntar el alba...
  - -Es mediodía.
  - -Al despuntar el mediodía y me arrancas de mi trabajo...
  - -Mi trabajo -puntualizó Mireille.
- -De mi investigación -rectificó Toulouse-Lautrec-. Y a continuación
  - -Vincent van Gogh ha muerto -dijo Lucien.
- -Oh. -Henri dejó caer el dedo que había levantado en el aire para subrayar su argumento-. En ese caso, será mejor que me ponga unos pantalones.
  - -Sí -asintió Lucien-. Será mejor. Te espero abajo.

No era su intención, pero al ver la expresión del pintor, Lucien se dio cuenta de que le había hecho lo mismo que la dependienta a él: abrir una trampilla en el mundo por la que había caído Vincent.



Lucien estaba nervioso esperando entre las furcias. A esas horas del día no había más que tres en el salón (cuando, probablemente, la casa albergase una treintena durante la noche), pero estaban todas juntas en uno de los divanes curvados y pensó que sería una grosería no sentarse cerca de ellas.

-Bonjour -dijo mientras tomaba asiento. La chica de la negligée roja con la que había hablado antes había desaparecido, posiblemente en compañía de algún cliente en el piso de arriba. Aquellas tres le eran desconocidas, o al menos eso esperaba. Dos de ellas, un poco mayores que Lucien, mostraban ya los primeros indicios del paso del tiempo y llevaban el cabello teñido con sendas tonalidades del rojo, distintas pero igualmente antinaturales. La otra era más joven, pero muy oronda y rubia, y resultaba un poco cómica con el cabello recogido en un moño en lo alto de la cabeza y aquellos labios gruesos y rojos cuya forma pintada evocaba un improbable mohín de sorpresa. Emoción que ninguna de las tres mujeres parecía capaz de experimentar ya.

- -Estoy esperando a mi amigo -dijo Lucien.
- -Yo lo conozco -replicó la rotunda rubia-. Usted es monsieur Lessard, el panadero.
- -El pintor -la corrigió Lucien. «Maldición.» Henri lo había llevado allí dos años antes, presa de un agonizante pesar, y aunque era incapaz de recordar nada, aparte de una mística neblina de brandy, absenta, opio y desesperación, al parecer había tenido tratos con la oronda mujer payaso.
- -Sí, pintor -asintió la rubia-. Pero se gana usted la vida como panadero, ¿no?
  - -Sólo el mes pasado vendí dos cuadros -replicó Lucien.
- -Yo se la chupé anoche a dos banqueros -respondió la furcia-. Supongo que eso me convierte en agente de cambio y bolsa, ¿no?

Una de las rameras de más edad le clavó el codo en el hombro y negó con la cabeza con gravedad.

- -Perdón. No le apetece hablar sobre trabajo. ¿Llegó usted a sobreponerse a lo de aquella chica? ¿Cómo se llamaba? ¿Josephine? ¿Jeanne? Se pasó toda la noche llorando.
- -Juliette -respondió Lucien. ¿Qué estaba haciendo Henri? Sólo tenía que vestirse, no pintar la escena entera.
  - -Eso es, Juliette. ¿Llegó a superar lo de esa furcia?

Otro codazo, esta vez procedente de su otra compañera y en las costillas.

- -Ay. Puta. Sólo pretendía mostrar interés.
- -Estoy perfectamente -respondió Lucien. No estaba perfectamente. Y menos aún ahora que pensaba que podía haber tratado de encontrar consuelo en el cuerpo de aquella tosca bestia.
- -Señoritas -anunció Toulouse-Lautrec desde la escalera-. Veo que ya conocen a mi amigo, monsieur Lucien Lessard, pintor de Montmartre. -Bajaba los escalones apoyándose en el bastón y deteniéndose en cada peldaño. Algunas veces las piernas le dolían más que otras, como por ejemplo después de una buena francachela.

-Ya había estado aquí -dijo la oronda payasa.

Henri debió de reparar en la alarma de la expresión de Lucien, porque dijo:

- -Tranquilízate, amigo mío. Estabas demasiado bebido y triste para responder a los encantos de las señoritas. Permaneciste tan puro y virginal como un recién nacido.
  - -No estoy...
- -No te preocupes -continuó Henri-. Es un placer hacer las veces de protector tuyo. Discúlpame la demora, parece ser que mis zapatos se dieron a la fuga anoche y he tenido que tomar un par prestado. -Al llegar al pie de la escalera se levantó las perneras del pantalón para enseñar un par de zapatos de tacón alto, más grandes de lo acostumbrado para unos pies femeninos, pues aunque Henri era de talla menuda, debido a una lesión de infancia (y al hecho de que sus padres fuesen primos hermanos), sólo sus piernas se correspondían a estas pequeñas proporciones, mientras que el resto de su cuerpo conservaba dimensiones de hombre adulto.
  - -Ésos son mis zapatos -dijo la oronda rubia.
- -Ah, ¿de veras? Lo he arreglado con la madame. Lucien, ¿nos vamos? Creo que se impone ir a almorzar. Es posible que lleve varios días sin comer. -Saludó a las furcias con una inclinación del sombrero-. Adieu, señoritas. Adieu.

Lucien se reunió con su amigo y juntos (Henri un poco bamboleante sobre sus tacones) cruzaron el vestíbulo y la puerta para salir a un sol radiante.

- -Ya sabes, Lucien, que es muy raro que me desagrade una ramera, pero esa rubia, la gorda Marie como la llaman, ha conseguido inspirarme una honda desaprobación.
  - -¿Por eso le has robado los zapatos?
- -No he hecho tal cosa. Una pobre criatura como ésa, que sólo intenta abrirse camino en la vida...
- -Veo los tuyos metidos bajo el cinturón a tu espalda, por debajo del abrigo.
- -Nada de eso. Lo que ves es mi joroba, una desgraciada consecuencia de la pureza de mi linaje.

Al bajar del bordillo para cruzar la calle, un zapato se salió de debajo del abrigo de Henri y cayó con un ruido seco sobre los adoquines.

-Bueno, estaba siendo grosera contigo, Lucien. Y eso no

pienso tolerarlo. Invítame a beber y cuéntame lo que le ha sucedido a nuestro pobre amigo Vincent.

- -Me has dicho que llevabas varios días sin comer.
- -Bueno, en tal caso invítame a almorzar.



Comieron junto a la ventana de Le Rat Mort, donde contemplaron el paso de los transeúntes en alegre indumentaria estival mientras Toulouse-Lautrec trataba de no volver a vomitar.

- -Tal vez te vendría bien un coñac para asentarte el estómago -sugirió Lucien.
- -Una idea excelente. Pero me temo que los zapatos de la gorda Marie han quedado hechos un asco.
  - -C'est la vie -explicó Lucien.
  - -El fallecimiento de Vincent me ha alterado las tripas.
- –Es comprensible –asintió Lucien. Es probable que también él hubiera transformado su almuerzo en una descarga acompañada por un rugido espectral de haber tratado de culminar tres días y tres noches de bacanal con la consternación derivada de la muerte de un amigo, como acababa de hacer Henri. Ambos habían asistido al estudio de Corman con Vincent, pintado a su lado y bebido, reído y discutido sobre teoría del color con él en los cafés de Montmartre. En una ocasión, Henri había retado en duelo a un hombre que había insultado el trabajo de Vincent, y es posible que lo hubiese matado de no haber estado demasiado borracho para pelear.
- -Estuve en la galería de Theo la semana pasada -continuó Lucien-. Theo me dijo que Vincent estaba pintando como loco, que Auvers le estaba haciendo mucho bien y que su trabajo era de primera. Hasta el doctor Gachet lo consideraba recuperado de la crisis nerviosa de Arlés.
- -Me gustaban sus ideas sobre el color y el uso del pincel, pero siempre fue demasiado emocional. Tal vez si hubiera podido beber más...
- -No creo que eso lo hubiese ayudado, Henri. Pero ¿por qué, si estaba trabajando bien y Theo se encargaba de sus gastos...?
- -Una mujer -aventuró Toulouse-Lautrec-. Cuando haya pasado un tiempo prudencial, visitaré a Theo en la galería y

examinaré los últimos cuadros de Vincent. Apuesto a que hay alguna mujer. Los hombres no se suicidan salvo cuando les parten el corazón, estoy seguro de que ya lo sabes.

Lucien sintió una punzada de dolor en el pecho, provocada por sus propios recuerdos y la comprensión de lo que debía de haber padecido Vincent. Sí, ya lo sabía. Suspiró, miró por la ventana y dijo:

-¿Sabes? Renoir siempre decía que sólo había una mujer, que todas eran la misma. Un ideal.

-Eres incapaz de mantener una conversación sin sacar a colación tu infancia con los impresionistas, ¿verdad?

Lucien se volvió hacia su amigo y sonrió.

-Lo mismo que tú, que eres incapaz de no mencionar que eres conde y naciste en un castillo.

-Todos somos esclavos de nuestra historia. Yo simplemente digo que si arañas un poco la historia de Van Gogh, descubrirás una mujer en el corazón de su enfermedad.

Lucien se estremeció, como si pudiese sacudirse de encima los recuerdos y la melancolía y expulsarlos de la conversación como un perro mojado se sacude el agua.

-Mira, Henri, Van Gogh era un pintor ambicioso y con talento, pero no era un hombre equilibrado. ¿Alguna vez pintaste con él? Se comía la pintura. Una vez, cuando estaba tratando de encontrar el color exacto de un *moulin*, me volví hacia él y vi que tenía medio bote de rosa de rubia entre los dientes.

-Vincent sabía apreciar los buenos tintos -dijo Henri con una sonrisa.

-Monsieur - respondió Lucien -. Es usted una persona horrible.

-Pero si te estoy dando la razón...

Toulouse-Lautrec se detuvo y se puso en pie, con la mirada clavada en la ventana, más allá del hombro de Lucien.

-¿Recuerdas cuando me advertiste que me mantuviera alejado de Carmen? –dijo mientras le ponía a Lucien una mano en el hombro–. ¿Que por muy mal que me sintiese, dejarla era lo mejor que podía hacer?

-¿Cómo? –Lucien se volvió en la silla para ver lo que estaba mirando Henri y se encontró con una falda... No, una mujer, en la calle, con un vestido violeta claro, una sombrilla y un sombrero a juego. Una mujer hermosa de cabello negro y ojos maravillosamente azules.

-Déjala ir -dijo Henri.

Un instante más tarde, Lucien había abandonado su silla y corría hacia la puerta.

-¡Juliette! ¡Juliette!

Toulouse-Lautrec observó cómo su amigo corría hacia la mujer y luego se detenía frente a ella como si no supiese qué hacer. El rostro de la muchacha se iluminó al verlo, y entonces dejó caer la sombrilla, le echó los brazos alrededor del cuello y prácticamente le saltó encima mientras lo besaba.

El camarero, que había salido de la cocina al oír la puerta, se unió a Henri junto a la ventana.

- -Oh là là, menuda presa ha cazado su amigo, monsieur.
- -Y me temo que dentro de poco va a ser muy complicado seguir siendo su amigo.
- -Ah, puede que tenga competencia, ¿eh? -El camarero señaló al otro lado del bulevar, donde, haciendo evidentes esfuerzos para ver lo que sucedía entre los carruajes y los peatones, un hombrecillo retorcido con un traje y un bombín de color marrón observaba a Lucien y a la chica con una expresión en los ojos que a Henri se le antojó voraz.